

HISTORIA DEL ATEÍSMO FEMENINO
EN OCCIDENTE

© del texto: Xavier Roca-Ferrer, 2018
© de esta edición: Arpa & Alfíl Editores, S. L.

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-16601-86-8
Depósito legal: B 22373-2018

Diseño editorial: Enric Jardí
Imagen de cubierta: *Retrato de Jane Small*,
Hans Holbein el Joven
Maquetación: Àngel Daniel
Impresión y encuadernación: Cayfosa
Impreso en Santa Perpètua de Mogoda

arpa
Manila, 65
08034 Barcelona
arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
por ningún medio sin permiso del editor.

Xavier Roca-Ferrer

HISTORIA DEL ATEÍSMO
FEMENINO EN OCCIDENTE

Las mujeres y la libertad de pensamiento,
de la Antigua Grecia a Hollywood

arpa

SUMARIO

Introducción	17
1. ¿Qué es una atea?	23
2. El ateísmo de Madame Cromañón	32
3. El ateísmo en las civilizaciones del pasado. De Mesopotamia a Jonia	40
4. El caso Aspasia	51
5. El ateísmo de los postsocráticos. Leontion de Atenas	59
6. Cínicas y cirenaicas. Areté de Cirene e Hiparquia de Maronea	69
7. Los estertores de la religión antigua. De la revolución cristiana al cesaropapismo	80
8. El cristianismo y la mujer	90
9. El crepúsculo de los dioses. Hipatia de Alejandría y el neoplatonismo	99
10. El ateísmo en la Edad Media	108
11. Las alegres jovencitas de Boccaccio y la comadre deslenguada de Chaucer	121
12. El ateísmo en el primer Renacimiento	136

13. La mujer liberada del Renacimiento. De princesas, cortesanas, putas y brujas	146
14. Los <i>Essays</i> de Montaigne o el escepticismo explicado a las señoras	167
15. Filosofía y modernidad	179
16. El movimiento libertino en Francia	188
17. Ninon de Lenclos: Maestra de galantería y de incredulidad	197
18. El siglo incrédulo. De los libertinos a los <i>philosophes</i>	208
19. Ateas de salón. Madame du Deffand y Julie de Lespinasse	218
20. Feminismo, increencia y revolución. Mary Wollstonecraft y Mary Shelley	236
21. El ateísmo de <i>mesdames des Halles</i> . Las bacantes de la revolución	253
22. Las mujeres del Romanticismo alemán y la religión	268
23. El siglo de la muerte de Dios. Ernestine Rose	293
24. Revolución, política y feminismo. George Sand, Louise Michel y Clémence Royer	308
25. El ateísmo femenino en el mundo anglosajón. George Eliot y Margaret Fuller	330
26. Sensibilidad y escepticismo. Emily Dickinson	346
27. El origen de los espiritualismos modernos. Madame Blavatsky	361
28. Entre dos grandes guerras. Sufragismo y ateísmo	373

29. Entre la pasión y la razón. Emma Goldman y Madeleine Pelletier	386
30. Ateas de izquierdas y ateas de derechas. Simone de Beauvoir y Ayn Rand	410
31. El naufragio de las certidumbres (I). Entre la indiferencia y lo irracional	431
32. El naufragio de las certidumbres (II). Las nietas de Madame Blavatsky	444
Notas	465

«Nadie puede ser llamado racional ni virtuoso si obedece a una autoridad distinta de la razón».

MARY WOLLSTONECRAFT

«Dios, inmortalidad, deber... ¡cuán inconcebible lo primero, cuán increíble lo segundo y qué perentorio y absoluto lo tercero!».

GEORGE ELIOT

«¿Acaso no te parece la eternidad algo terrible? A veces me paro a pensar en ella y me parece algo tan oscuro que casi desearía que no hubiera eternidad. Pensar que hemos de vivir para siempre y nunca dejar de vivir... Se diría que la muerte constituiría un bienvenido alivio ante un estado de existencia infinito».

EMILY DICKINSON

«No existe ningún libro que nos hable de un monstruo más infame que el Viejo Testamento con su Jehová asesino, cruel y vengativo, a menos que lo comparemos con el Nuevo Testamento, que arma a Dios con el infierno y extiende sus ultrajes a toda la eternidad».

HELEN H. GARDENER

«Solo subsiste lo desconocido y únicamente podemos declarar incognoscible por la razón lo que no existe».

CLÉMENTCE ROYER

«El cristianismo es la conspiración de la ignorancia contra la razón, de la oscuridad contra la luz, de la sumisión y la esclavitud contra la independencia y la libertad, de la negación de la fuerza y la belleza contra la afirmación del gozo y la gloria de vivir».

EMMA GOLDMAN

«Es posible que las religiones hayan hecho bien en el pasado, pero también han hecho mucho daño. Dejando de lado las crueldades de las teocracias, se han hecho culpables de reprimir el pensamiento y de apartar a la humanidad de la ciencia, que es lo único que puede hacer más feliz a la humanidad».

MADELEINE PELLETIER

«Dios creó un prójimo tan odioso que se arrepintió y envió a su hijo para que nos obligara a amarlo. La broma le costó la vida. Amamos a Brahms, a Tolstói, a Shakespeare, a Montaigne y a Tizziano sin que nadie nos haya obligado a hacerlo. ¿Se equivocó Dios a la hora de crear al prójimo como en tantas otras cosas?»

DAME EDITH SITWELL

«Voy a predicar que no hay Caída porque no había lugar del que caer, ni Redención porque no hubo Caída, ni Juicio porque no se ha dado ninguno de los otros dos acontecimientos. Nada importa salvo constatar que Jesús fue un gran mentiroso».

MARY FLANNERY O'CONNOR

«Las bases de la misoginia cristiana —su culpa por el sexo, su insistencia en el sometimiento femenino, su temor a la seducción femenina— están todas en las epístolas de san Pablo».

KATHERINE M. ROGERS

«La muerte será un gran descanso. Se habrán acabado las entrevistas».

KATHARINE HEPBURN

«El sexo es una broma que Dios gastó al ser humano».

BETTE DAVIS

«La religión es la insulina de las almas diabéticas. Nos guste o no, siempre habrá almas diabéticas y las religiones no se acabarán nunca. Hay que aprender a convivir con ellas, pero no darles nunca el gobierno ni poner en sus manos la educación de nuestros hijos».

ABBY LIEBERMANN

«Si quiero resumir mi actitud hacia la cuestión de Dios, la definiría así: por todo lo que sé, la definición de Dios es “lo que la mente humana no puede entender”. Siendo una racionalista de mente literal y creyendo que es una obligación moral creer lo que uno dice, tomo literalmente la palabra a los que dan esta definición, estoy de acuerdo con ellos y les obedezco: no lo entiendo».

AYN RAND

Para mis amigos Olivia, Noa, Grisette, Fox (*in memoriam*)
y Charlie, con gratitud y estos maravillosos versos
de Walt Whitman:

*They do not sweat and whine about their condition.
They do not lie awake in the dark and weep for their sins.
They do not make me sick discussing their duty to God.
Not one is dissatisfied, not one is demented with the mania
[of owning things,
Not one kneels to another, nor to his kind that lived
[thousands of yearse ago.
Not one is respectable or industrious over the whole earth*.*

WALT WHITMAN, *Animals*

* «No sudan ni gimen bajo su condición, / no yacen insomnes en la oscuridad llorando por sus pecados, / No me marean discutiendo sus deberes para con Dios. / Ninguno está descontento ni vive enloquecido por la obsesión de aumentar sus propiedades. / Ninguno se arrodilla delante de otro ni de su linaje que vivió hace miles de años. / Ninguno se muestra respetable ni industrial en la tierra».

INTRODUCCIÓN

«El primer pecado fue la fe, la primera virtud la duda».

CARL SAGAN

«Por cuanto sé, no hay una sola frase en los Evangelios
que elogie la inteligencia».

GEORGE BERNARD SHAW

Las palabras «ateo» y «ateísmo» han tenido siempre muy mala prensa. Siempre divertido y acertado, el gran Bernard Shaw, hijo de una familia irlandesa pobre y protestante, socialista fabiano y premio Nobel en 1950, solía afirmar que si en un banquete nos sentaban al lado de un ateo, no debíamos temer que nos robara el reloj. Pero no todos son tan clarividentes como el autor de *Pygmalion*, y el prejuicio contra los ateos confesos sigue bastante extendido sobre todo en los países del sur de Europa, por no hablar de Estados Unidos, donde el creacionismo aún bate récords y antes aceptarían a un espantapájaros de presidente que a un ateo reconocido. Con tal, claro está, de que el espantapájaros se declarara católico, presbiteriano, mormón o baptista. Esta es la razón de que no pocos pertenecientes al gremio de los sin Dios prefieran definirse como agnósticos, materialistas, escépticos, no creyentes, panteístas, deístas, laicos o,

incluso, indiferentes. Parece que son palabras menos abruptas, que suenan mejor.

Excepcionalmente y para compensar esta presunta vergüenza, algunos ateos se han mostrado enormemente orgullosos de serlo, hasta el extremo de que uno de los campeones modernos de la no creencia ha llegado a proponer que se levante en alguna parte (y preferiblemente en Londres) un templo dedicado al ateísmo, lo cual no deja de ser una *contradictio in terminis*, por no decir una solemne burrada. Tampoco una reciente campaña en pro del ateísmo que se dejó ver en autobuses urbanos, afortunadamente fenecida, sirvió para favorecer el prestigio de la increencia, pues se basaba en un lema que venía a decir más o menos así: «Que no te amarguen la vida: sé ateo y haz lo que te dé la gana».

Partiendo de esta idea, parecía dar a entender que el ateísmo lo permitía y justificaba todo, desde la evasión fiscal a la pedofilia y los campos de concentración, por no hablar de la voladura de restos arqueológicos maravillosos (deporte al que, por cierto, también algunos ultracreyentes han sido y son tremendamente proclives)¹. En otras palabras: que *extra Deum non est moralis*, y, consiguientemente, que resultaba inimaginable cualquier tipo de ética laica, entiéndase independiente de una determinada trascendencia. Esta idea solo sirve para reforzar a los defensores de la religión (de cualquier religión con un dios como Dios manda), que sacan la conclusión (interesada) de que la negación de dios elimina de cuajo el fundamento de cualquier moral posible y que a los más o menos civilizados solo nos queda el derecho penal como premio de consolación. Ello no es cierto, y el ilustrado lo sabe: desde el socratismo y los postsocratismos al imperativo categórico de Kant se ha defendido la posibilidad y pertinencia de una ética (eso sí, laica) reguladora de las relaciones humanas sin condicionarla a la existencia de una divinidad todopoderosa con facultades normativas e, incluso, punitivas.

Es probable que el origen de la ética (o, si se prefiere, del eticismo) formara parte del contrato social que, de un modo u

otro, se halla en la base de todas las civilizaciones merecedoras de tal nombre. En un principio debió de ser un pacto muy sencillo de reglas intuitivas no escritas dirigidas a la protección de la persona, su familia y su incipiente propiedad y, también, a la subsistencia pacífica del grupo como tal. Más tarde, se atribuyó el dictado de estas normas y su tutela a unos seres superiores llamados dioses, a los que en muchas culturas también se adjudicó la creación del mundo. Es razonable, pues, pensar que nuestros antepasados sentaron las bases de un eticismo rudimentario para evitar problemas en la tribu del mismo modo que empezaron a vallar sus campos y a cerrar sus chozas. De ahí que muchos dieran por sentadas dichas normas (no matarás, no robarás, no mentirás, no le quitarás la mujer al vecino, etc.), como Voltaire, que en su *Philosophe ignorant* dejó escrito: «Creo que las ideas de lo justo y de lo injusto son tan claras y universales como las ideas de la salud y de la enfermedad, de la verdad y de la falsedad, de la conveniencia o de la inconveniencia». En cierto modo, viene a afirmar la existencia de algo así como una consciencia moral inmanente en el ser humano, independiente de la divinidad. Quizás habría que hablar de unos «arquetipos éticos», para utilizar la terminología que Jung impuso en otro terreno. Otros, en cambio, justificaron la moral por razones prácticas o por interés, como los pensadores escoceses David Hume y Adam Smith.

Lo cierto es que a partir del siglo xvii la ética laica se ha convertido en uno de los problemas capitales de la filosofía. Solo a lo largo de los dos últimos siglos, numerosos filósofos desde Nietzsche y Marx a Sartre y Berlin, han dado mil vueltas a la cuestión de la «moral sin dioses»² sin llegar a conclusiones definitivas. Simplificando mucho y teniendo en cuenta las numerosas declaraciones de derechos humanos que han venido sucediéndose desde la Constitución americana hasta hoy, una pensadora de nuestros días, Victoria Camps, concluye: «Los derechos humanos han contribuido a tejer una idea de la moralidad que es la más aceptada, la más convincente de todo lo que hemos sido capaces de concebir».

Dicho esto, el autor se dispone a justificar el origen de este libro, un libro que seguramente nunca habría escrito de no haber sido por su reciente lectura de otro que, en términos escolásticos, merece ser definido (o acusado) de ser su «causa primera»: *Histoire de l'athéisme* (París, Fayard, 1998), un libro, por lo demás magnífico, debido a la pluma del brillante historiador galo Georges Minois. Concluidas las casi setecientas páginas de la obra, y pese a estar dedicada a la esposa del autor, las mujeres casi no aparecen por el libro. Si alguna atea es citada (como la famosa cortesana de Luis XIV, Ninon de Lenclos), lo es de pasada, sin entrar en honduras y *exempli gratia*. Claro que al hablar del ateísmo como fenómeno social engloba a toda la sociedad, hombres y mujeres, sin hacer distinciones, pero se diría que estas últimas tienen un papel ancillar en el desarrollo del fenómeno y que, en definitiva, «el ateísmo es cosa de hombres».

A lo largo de siglos, incluso cuando la incredulidad ha sido más o menos aceptada o tolerada por la sociedad, una mujer atea ha seguido siendo vista como algo contranatura, una aberración, un monstruo bicéfalo y con rabo. Algo que no podía existir, quizá porque desde siempre se ha visto en la mujer el sostén de la religión en el ámbito familiar o tribal. En esta línea, el ensayista inglés Bonnell Thornton escribió en una carta dirigida a un amigo hacia 1760: «¡Dios mío! ¡Una mujer atea! La idea nos hace estremecer aún más que la de una mujer asesina, una mujer asesina en el peor sentido de la palabra: asesina de sus propios hijos o de sí misma». Todavía en 1813 el doctor Thomas Cogan, fundador de la Royal Humane Society, declaraba: «¡Los hombres contemplan a la mujer atea con mayor horror que si tuviera las facciones más horribles imaginables tachonadas de carbunclos!». Es decir: que si fuese un diablo.

Ello me recuerda cierta anécdota famosa de la reina Victoria. Un día, mientras discutía con un ministro sobre qué trato legal había que dar a la homosexualidad en la norma penal, decididamente homófoba en Inglaterra hasta bien entrado el siglo xx, el ministro, seguramente bajando la voz, le preguntó:

«¿Y qué hacemos, majestad, con las mujeres homosexuales?», a lo que la pequeña soberana más grande del mundo contestó, taxativa: «Eso no existe». De haberle hablado sobre las mujeres ateas, habría respondido exactamente lo mismo. Curiosamente, hoy Gran Bretaña es uno de los países europeos en el que, según las encuestas, existe un mayor número de descreídos y de descreídas. Por otra parte, si tenemos en cuenta que la mayoría de las religiones (al menos las del Libro) han tratado especialmente mal a la mujer, lo raro es que no haya muchísimas más mujeres ateas que hombres.

La finalidad principal de este libro es desmentir el prejuicio de que el ateísmo no ha sido nunca femenino, que se une a los muchos prejuicios que ya de por sí la palabra «ateo» lleva consigo. Tal vez algunos piensen que la estructura cerebral femenina, quizá más dominada por la emotividad que la del hombre, tiende a ser más refractaria a la idea del ateísmo que la masculina, del mismo modo que la discutida feminista heterodoxa Camille Paglia extrae del hecho de que «a pesar de que las mujeres de clase media han tenido acceso a pianos a lo largo de doscientos años, no ha habido grandes compositoras», porque «ellos tienden a la creación y control de estructuras complejas». No creemos que las cosas vayan por aquí, sino que la mayor vinculación histórica comprobada de la mujer a la religión (también observable en culturas no occidentales) se halla ligada a razones sociales y a las funciones que le ha tocado realizar tradicionalmente a la madre en el seno de la familia. En épocas pasadas, los tabúes sexuales derivados de las religiones (y, en especial, de las monógamas) protegían decididamente el mantenimiento de la unidad familiar, algo que sin lugar a dudas beneficiaba a las mujeres, la parte más débil de la relación.

Siguiendo, asimismo, las premisas de su modelo, este trabajo no va a entrar en la polémica de «dios sí, dios no». Doctores tienen las iglesias, la atea también, y dejaremos que el teniente general Küng y el mariscal Dawkins, al frente de sus huestes respectivas, diriman sus diferencias en letra impresa y platós televisivos para adoctrinamiento y entretenimiento (el eterno y

siempre agradecido *delectare et prodesse*) de sus seguidores y adversarios. Por lo demás, no ha habido nunca mayor diluvio de obras y opúsculos sobre la fe como en la actualidad, un diluvio quizás estimulado por las dolorosas consecuencias que está acarreado a la humanidad el fundamentalismo islámico. Cuando una fe se toma demasiado en serio, suele desembocar en catástrofe.

En cambio, Benjamin Beit-Hallahami, profesor de psicología de la Universidad de Haifa, tras estudiar en profundidad la psique, la actitud y la trayectoria vital de numerosos ateos del mundo occidental, traza en *The Cambridge Companion to Atheism* este perfil del «ateo civilizado» que transcribimos para tranquilizar a nuestros lectores: «Los ateos se muestran menos autoritarios y sugestionables, menos dogmáticos, más libres de prejuicios, más tolerantes con los demás, más cumplidores de la ley, más compasivos, concienzudos y bien educados. Muchos son muy inteligentes. En dos palabras, son buenos vecinos». Valga por lo que valiere.

Léase este libro, si se quiere, como una serie de humildes notas a pie de página del magno tomo de Minois, al que por fuerza nos habremos de referir más de una vez como ejemplar historia y análisis del fenómeno del ateísmo en Occidente. En última instancia es una reivindicación de la capacidad de pensar, y, en especial, de pensar a la contra, de las mujeres, a la que el francés no ha prestado demasiada atención. Sentadas estas premisas, ya va siendo hora de entrar en materia. Pero antes, dada la vaguedad del término «ateo/a», parece imprescindible acotar el terreno que nos proponemos pisar.